

# La agonía de “EL VERDE CAIMÁN”

La guagua que se dirigía a “Las Morlas”, en la ciudad turística de Varadero, se detuvo en “El Rancho Frances”. El conductor, un mulato canoso, se disponía a almorzar. Los acostumbrados pasajeros esperaron con paciencia hasta que Vladimir terminará de engullir su diaria porción de arroz con frijoles. Transcurridos unos diez minutos se reanudó el trayecto. Así es Cuba, un sorprendente viaje al ritmo del son caribeño. Una forma de vida que tiene pendiente una revolución. Una isla rodeada de otras islas en medio de un mundo, que se convulsiona al compás de vientos huracanados.

Cuba se ha detenido en el tiempo. Sus huellas quedan patentes en sus coloniales edificaciones, en sus utilitarios años cincuenta, en sus vetustas industrias. El régimen castrista, que lleva gobernando los destinos de “El Verde Caimán” desde hace 33 años, acoge con desencanto los profundos cambios producidos en los países de la Europa comunista, y mira con ojos de vigía a su fiel enemigo. Un enemigo que esta dentro de casa. Que nunca se marchó y que conserva uno de los últimos símbolos de la llamada guerra fría: La base de Guantánamo.

Situada en la parte oriental de la isla, es el lugar que menos valor estratégico tiene de cuantas fortalezas militares posee los Estados Unidos de América, pero que desempeña un decisivo papel psicológico en el marco de ese juego táctico que los vecinos del norte se han empeñado en prolongar hasta los límites de lo irracional.

Cerca de dos millares de marines, en su mayoría hispanos, vigilan los permanentes movimientos que realizan las tropas populares cubanas, a las que el régimen dispensa con un cuantioso porcentaje de su presupuesto. En el otro lado de la alambrada diez millones de personas viven en una situación que roza los límites de la supervivencia.

En la ciudad de La Habana aún se pueden encontrar cimarrones, personas que huyen de la esclavitud en busca de la libertad, ávidos de información y deseosos de intercambiar datos, a modo de cromos, con los turistas que cada año se acercan a la llamada del Caribe —en 1991, doce mil españoles han elegido este país como destino vacacional— Todo se mueve a escasos metros de los principales hoteles de la ciudad.

En estas residencias adaptadas para uso y disfrute de los extranjeros y los privilegiados cubanos, una pequeña multitud de gineteros esperan los primeros pasos de los visitantes para ofrecerles cambio —cinco o siete pesos por dólar, cuando el cambio oficial esta uno a uno—, o venderles una caja de puros habanos, de la mejor calidad, a un precio ocho veces menor al de las tiendas exclusivas para turistas, o simplemente pasear y hablar de las miserias del sistema, de los sueños personales. Y todo por unas palabras elenas de consumismo, por unas frases bonitas, o por un mensaje repleto de optimismo con el futuro. Mientras, los cubanos viven un periodo especial donde las penurias se incrementan y la renuncia se hace una constante en su ociosa vida a la que son sometidos. Un pueblo alegre sin Carnavales —se han suspendido por coherencia con la situación general—, un pueblo que soporta nocturnas colas para conseguir algún producto por medio de la cartilla de racionamiento. Una cartulina de papel reciclado, que cada mes le sobran artículos que consumir ante la crítica situación por la que atraviesa la perla del Caribe. En las tiendas estatales faltan productos de primera necesidad. Unas veces es el aceite, otras el jabón.

Hoy el ron y el tabaco. Mañana no habrá nada, será demasiado tarde para remediar un permanente estado de escasez al que han sido sometidos los cubanos, en honor a la revolución que un día cambio sus destinos y que ahora puede acabar con ellos.

Cuentan, que hace unos años los mostradores de las tiendas disponían de abundantes carnes de vacuno, de rica leche fresca, o de exquisitas frutas tropicales que procedían de las fértiles tierras, fruto del trabajo en cooperativa. Los tiempos imponen duras condiciones si se quiere sobrevivir en un modelo político alabado desde dentro, y desfenestrado afuera. La

